

XXX.

El manuscrito.

(Continuacion.)

Con bastante trabajo habia logrado la Convencion reunir mil ochocientos hombres en la plaza del Carroussel.

Los habia puesto á las órdenes de Barrás, su general. Los vimos al pasar por Tullerías; Barrás los alineaba en los malecones.

Era un jóven gendarme como de diez y nueve años el que habia detenido la víspera á Henriot.

Cuando libertaron al robespierrista, faltó poco para que lo asesinaran y habia corrido al comité de salvacion pública anunciando la libertad de Henriot.

Encontró á Barrere, y le anunció que el general del Ayuntamiento estaba libre.

—¿Cómo? le dijo Barrere, ¿lo tenias en tu poder y no le diste un tiro! Debia hacerte fusilar.

El jóven no despreció el dicho. Su ambicion era dar aquel dia un gran golpe que le distinguiera de sus compañeros y le abriera la carrera militar.

Armado con su sable y dos pistolas cargadas con bala, tomó el camino de la casa de Ayuntamiento, en donde se encontraban Robespierre, San Justo, Couthon, Lebas y el jóven Robespierre.

Al llegar al muelle de Le Pelletier vimos un gentío inmenso reunido, el que impedia el tránsito.

Preguntamos qué era aquello, y nos contestaron azorados:

—¡Son ellos!

—¿Quiénes son ellos?

—Los diputados Robespierre y Couthon.

A estas palabras redoblamos nuestros esfuerzos para penetrar hasta el centro, ocupado por una compañía del distrito de Gravi-liers. Tendidos en el suelo estaban dos hombres arrojando sangre por algunas heridas horribas.

Uno de ellos estaba tan desfigurado por un pistoletazo, que le habia destrozado la mandíbula, que no le reconocimos. Fué necesario que nos dijeran que era Robespierre.

No queriamos creerlo hasta que mi acompañante le levantó la cabeza, le volvió hácia mí y me dijo espantado:

—Es él.

¿Cómo habia sucedido aquella catástrofe?

¿Cómo encontrábamos en el arroyo, rodeado por hombres feroces que gritaban: «¡Arrojemos al Sena á esas pícaros!» á dos hombres, delante de los que hacia tres dias apenas temblaba Paris?

—Escuchad, me dijo mi compañero; aquí no se trata de hacernos los aristócratas.

Estais vestida de hombre; vamos á entrar en un figon inmediato; os sentareis á una mesa y yo mandaré preparar el almuerzo: mientras me esperais me mezclaré entre esos hombres y volveré con la clave del enigma.

Como están ahí Robespierre y Couthon, es decir, los dos jefes del partido, no harán nada sin ellos: si se los llevan, seguidlos; ya sabré á dónde van y os encontraré.

Como lo que proponia me pareció bien, acepté: entramos en un figon, subí al entresuelo y me senté á una mesa que estaba cerca de la ventana, porque de este modo podia ver lo que pasaba en la calle.

—Id y volved pronto, le dije á mi compañero.

Partió. Llamé al tabernero con pretexto de darle la lista para el almuerzo, pero en realidad para pedirle la explicacion de la terrible tragedia.

No sabia gran cosa más que nosotros.

Me dijo que al querer prender á Robespierre se habia disparado

un pistoletazo con el objeto de matarse; pero que el tiro, en lugar de herirle en la frente, le había herido en la mandíbula.

Otros decían que un gendarme había querido prenderlo, y que viendo que se resistía, había disparado sobre él un pistoletazo, lo que le puso fuera de combate.

Había pasado como un cuarto de hora cuando volvió mi compañero.

Había ido hasta la fuente, es decir, hasta la casa de Ayuntamiento, y traía noticias exactas.

El joven gendarme que había preso la víspera á Henriot, y á quien Barrere había amenazado con hacerle fusilar por haberle dejado escapar, resolvió, como hemos dicho, dar un golpe de Estado, y ya hemos visto que se dirigió al Ayuntamiento con su sable y sus pistolas.

Su intención era prender á Robespierre.

Al llegar encontró la plaza de Gréve casi desierta. La mitad de los cañones de Henriot estaban vueltos hácia el municipio; los otros presentaban la boca en varias direcciones; pero nada indicaba tratasen ni de la defensa ni del ataque los que así los dejaban abandonados.

A la puerta del Ayuntamiento había dos centinelas, y en las escaleras estacionaban los jacobinos más fanáticos y exaltados.

Quiéren impedir el paso al joven.

—Orden secreta, dice.

Con aquella palabra vence todos los obstáculos. Pasa el vestíbulo, sube la escalera, pasa la sala del consejo, entra en un corredor en donde hay tanta gente, que no sabe qué hacer para pasar.

Pero ve á un hombre á quien conoce como partidario de Tallien.

Es Dulac, el hombre del baston, el mismo que me condujo á mi casa hacia dos noches.

Llegan juntos á la puerta de la secretaría; Dulac llama repetidas veces; la puerta se entreabre; el gendarme hace un esfuerzo y entra, mientras Dulac cierra la puerta y mira por entre los cristales.

En aquella sala estaban Robespierre y sus amigos.

El joven gendarme recorre con la vista y ve á Couthon sentado en el suelo como los turcos; á San Justo de pié y tocando con los dedos en un cristal; á Lebas y Robespierre el joven hablando acaloradamente, y por último á Robespierre en el fondo, sentado en un sillón con los codos sobre las rodillas y la cabeza apoyada en la mano.

Apenas le vió sacó el sable, corrió á él, le puso la punta sobre el corazón, y gritó:

—¡Ríndete, traidor!

Robespierre, que no aguardaba aquella agresión, dió un salto, miró al gendarme, y le dijo con serenidad:

—Tú eres el traidor y haré que te fusilen.

Al concluir estas palabras se oye un tiro; el grupo que llamaba las miradas de todos se cubre con el humo y Robespierre rueda por el suelo.

La bala la había dado en la barba, rompiéndole la mandíbula inferior.

Se oye un gran tumulto y los gritos de ¡Viva la república!

Los gendarmes y los granaderos que acompañaban al asesino entran precipitadamente en la sala.

El terror hace huir á los conjurados, menos á San Justo, quien se precipita sobre Robespierre, lo levanta y lo sienta sobre el sillón de donde le hizo caer el pistoletazo.

En aquel momento le dicen al joven causa de aquel alboroto que Henriot se escapa por una escalera secreta.

Le quedaba todavía una pistola cargada; corre á la escalera, alcanza á un fugitivo, el que cree es Henriot, y tira sobre el grupo que se llevaba á Couthon: aquellos hombres huyen y abandonan al que deseaban salvar.

Los granaderos y los gendarmes arrastran á Couthon por los piés hasta la sala del Consejo.

Registran á Robespierre y le quitan la cartera y el reloj, y creyendo que están muertos, porque Robespierre está gravemente herido y Couthon demasiado altivo para quejarse, los arrastran fuera de la casa de Ayuntamiento hasta el muelle Le Pelletier.

Pensaban arrojarlos al Sena, cuando Couthon, con la voz serena, que los dolores que acababa de sufrir no habian podido alterar,

—¡Un momento, ciudadanos, que no estoy muerto todavía! dijo.

Entonces la cólera de los asesinos se torna en curiosidad, y llamando á los transeuntes gritaban:

—¡Venid á ver á Couthon! ¡Venid á ver á Robespierre!

Los granaderos de la seccion de Gravilliers habian rodeado á los agonizantes, y el mutelle se habia llenado de curiosos; entonces fué cuando llegamos nosotros.

Inútil era esperar más detalles que los que mi compañero me daba; debian de ser verídicos, y se confirmaron cuando vimos que llevaban un cadáver y dos heridos.

El cadáver era el de Lebas. Cuando los gendarmes invadieron la sala, al ver caer á Robespierre herido de un balazo, sacó una pistola de su bolsillo, la apoyó contra la sien y se saltó el cerebro.

El joven Robespierre trató de huir; creia muerto á su hermano, y no pudiendo dar ya más pruebas de abnegacion fraternal, se quitó los zapatos, salió por la ventana y caminó algunos segundos por el frontis de piedra que rodea el edificio.

Despues, viendo evacuada la plaza del Ayuntamiento, y que por la ventana próxima no tenia ninguna salida para la fuga y ninguna probabilidad de salvacion, se dejó caer desde el segundo piso y se destrozó, pero sin quedar muerto en el acto.

Aquellos pobres restos eran los que habian recogido, y que conducian á la Convencion por el muelle Lepelletier, con los de Robespierre, herido, y Couthon, moribundo.

Sólo San Justo, con la cabeza erguida y sin herida alguna, seguia á sus amigos atado con una cuerda. Robespierre iba tendido en una tabla. El muerto y los demás heridos en un carrillo de mozo de cordel.

Seguimos á la triste comitiva.

Tendieron á Robespierre sobre una mesa en la sala del Comité de salvacion pública. Por lástima le pusieron como almohada una caja de pino, que habia servido para pan de municion.

Todos decian que estaba muerto.

Por muy horroroso que me pareciera aquel cuadro, sin embargo, queriendo llevar noticias ciertas á las presas, llegué con mi compañero hasta la sala de audiencia, precisamente cuando empezaba á abrir los ojos.

No tenia sombrero, y sin duda él mismo se habia quitado la corbata, que le ahogaba. Su mandíbula izquierda pendia hasta su pecho, mostrando los dientes rotos y cubiertos de sangre.

Llamaron á un cirujano, el que vendó al herido, puso en su sitio la mandíbula y mandó poner una palangana al lado suyo.

Asistí á esta cura, que debió causarle dolores atroces; no arrojó un grito, no se quejó; solo su cutis adquirió la lividez de la muerte.

Por aquel lado nada habia que temer.

Reflexioné que lo más urgente era tranquilizar á mis amigas.

En el estado de Robespierre, ya no podia temer mi protector manifestar su interés por mí; por consiguiente, no opuso dificultad ninguna para subir en el carruaje y conducirme á la Fuerza, en donde, como se comprende, me aguardaban con la impaciencia propia de dos corazones que tenian miedo á la muerte y que deseaban vivir y amar.

Llegamos á la cárcel á las once de la mañana. Los prisioneros no sabian nada con seguridad, pero lo sospechaban y se habian sublevado. Difícil hubiera sido conducirlos al patíbulo, como todavía se habia hecho la víspera.

Cada cual se habia armado como habia podido; casi todos habian roto las camas, y con los piés habian hecho como unas mazas; no se escuchaban más que gritos y chillidos, y más bien parecia una casa de locos que una cárcel.

Encontré á mis compañeras encerradas en su cuarto; temblorosas y sin saber qué significaba aquel alboroto, estaban estrechamente abrazadas.

Al verme, al contemplar la alegría que rebosaba en mi semblante, juzgaron que nada tenian que temer y se arrojaron en mis brazos henchidas de esperanza.

Apenas pronuncié las palabras *salvadas*, cuando Josefina Beauharnais cayó de rodillas, exclamando:

—¡Hijos míos!

Teresa se desmayó.

Pedí socorro; la puerta se abrió y acudió mi comisario; llevaba un frasco con vinagre, el que aplicó á la nariz de Teresa, quien volvió en sí.

Entonces me aproveché para presentarla á mi protector y ponerla al corriente de los servicios que nos habia prestado.

—¡Ah! Caballero, dijo Teresa renunciando á la palabra *ciudadano*, podeis estar seguro que si tenemos alguna influencia en el gobierno que se va á establecer, no olvidaremos esos favores. Eva me dirá vuestro nombre y vuestras señas, y Tallien se encargará de pagar la deuda que yo tengo con vos.

No pude ménos de sonreirme.

—¿El nombre y las señas de este caballero? No las dará; es demasiado prudente para decirlo antes de que sepa cómo marcharán los asuntos, aunque creo que ahora ya no hay motivo para que se oculte.

Mi protector se sonrió; fué á una mesa, en la que habia tinta, papel y plumas, y escribió:

Juan Munier, comisario de policía del distrito del palacio Igualdad.

—Ahora, amigas mías, las dije, es casi seguro que el ciudadano Tallien correrá á los Carmelitas, en donde no podrán decirle vuestro paradero, y solo que os sacaron de allí ayer por la mañana; me parece urgente que vaya á buscarlo y que lo acompañe aquí. Tendrá mil cosas que decir á Teresa, y ella no sentirá tampoco que venga para devolverle el puñal.

Teresa me abrazó.

—Me voy en busca suya, y ya no me vereis sino cuando venga con él; ó si en medio de este inmenso trastorno le fuera imposible venir, entonces traeré la orden de libertad.

Me dispuse á salir; Josefina me sujetó por un brazo y fijó sus ojos en mí con expresion suplicante.

—¿Qué deseais, querida Josefina? le pregunté.

—¡Oh! me dijo; mi bondadosa Eva, tengo dos hijos; ¿no podría

ver á mis hijos antes de salir de aquí, ó á lo ménos no podreis llevarles noticias mías?

—¡Oh! gran Dios, exclamé con el mayor placer; decidme en dónde está Eugenio, pues á Hortensia ya la he visto.

—Mi hijo está en casa de un carpintero en la calle del Arbol Seco, á la entrada por la calle de San Honorato.

Como no os conocen, voy á daros unos renglones para que os lo entreguen, y si no podeis conducirlos aquí, que se tranquilicen.

Y Josefina escribió unas líneas para darme á conocer del carpintero.

Como era probable que el ciudadano Munier encontrase más pronto que yo al ciudadano Tallien, se convino que fuera en busca suya y que les aguardaria en el entresuelo de la calle de San Honorato.

Me despedí, no sin abrazar de nuevo á mis amigas; atravesamos los corredores y bajamos las escaleras gritando:

—Robespierre no existe: ¡abajo la guillotina!

Encontré á Santerre en las gradas de la entrada; me detuve un momento y le puse al corriente de todo.

Subimos al carruaje.

La calle de San Honorato estaba llena de gente, y todos parecia que tenian aspecto de fiesta y el rostro resplandeciente de alegría como hacia mucho tiempo que no se veia.

No se podia atravesar, porque todos se reunian para saber noticias y enterarse de lo sucedido.

Munier, al que ya podia llamar por su nombre, me condujo hasta la puerta de mi casa, ofreciéndome volver muy en breve con Tallien.

Con respecto á poder hacer que entrase en la Fuerza los dos hijos de la viuda de Beauharnais, tambien se encargaba de ello.

Subí al entresuelo, y como no habia motivo para que me ocultara, abrí las persianas de par en par y me asomé á la ventana.

La puerta de la casa de Dúplay estaba cerrada, no sé si porque las dos personas que en ella quedaban la habrian abandonado tam-

bien, ó porque cansados de injurias y groseros insultos la hubieran cerrado.

No esperaba que tuviera lugar la ejecucion hasta el dia siguiente; así es que me sorprendió cuando oí cerca de las cuatro gritos hácia el palacio Igualdad, y ví á la multitud codearse, empujarse y atropellarse.

La cabeza de los gendarmes aparecia ya, y en las manos de aquellos arqueros de la muerte se veian relucir los sables, como la espada del árgel exterminador.

Era el odioso aparato con que Fouquier-Tinville y los jueces obsequiaban por última vez al público.

—¡Ahí están, ahí están! gritaron por todas partes.

Si; eran los guillotinales los que á su vez iban á sufrir, malditos y perseguidos por las voces de la multitud, la pena del Talion.

XXXI.

El manuscrito.

(Continuacion.)

¿No te llamará la atencion, mi amado Jacobo, que mi suerte, buena ó mala, me hace presenciar todos los acontecimientos, sea que yo los busque, sea que, sin saber cómo, me encuentre mezclada en ellos?

Por eso sin duda no sé explicarme la extraña alteracion que sufre mi cerebro. No sé por qué, pero me parece que hay momentos en que no soy dueña de mí, y que la fatalidad, más poderosa que mi voluntad, me impulsa hácia la pendiente de la desgracia.

Algunas veces sufro alucinaciones, durante las cuales me parece que el dia que fuí en la carreta me guillotinaron en realidad. Soñando creo sentir el dolor que produce el hacha al cortar las vértebras del cuello: me figuro que estoy muerta, y que mi sombra es la que vive y circula sobre la tierra.

En estos momentos de ilusion sepulcral te busco por todas partes, pareciéndome que solo estamos separados por espesa niebla, entre la cual andamos errantes como castigo de alguna falta que en vano trato de recordar, y por la que estamos condenados á no reunirnos jamás.

En estos momentos me parece que no da mi pulso más que quince ó veinte pulsaciones por minuto, que se enfria mi sangre y que mi corazon se paraliza.

En estos momentos me seria imposible defenderme ni de un hombre que atentara á mi vida, ni de otro que atentara á mi ho-